

SECCION DOCTRINAL

LA EMANCIPACION

Los espíritus que intentan aislarse de la verdad eterna, llegan á desatinar en todas las cosas, pretendiendo lo imposible; y, encontrando en cada una de sus locas aspiraciones un género de amarguras indefinibles, todo lo convierten en propia desolacion. No pueden moverse á ningún lado sin hallar tropiezos y contradicciones insuperables. Los hombres disienten de los ingenios extravagantes y la sociedad se extraña de las personas excéntricas. La jurisprudencia natural, inflexible en su modo de ver y de juzgar de las cosas, condena con intuicion irrecusable los apartamientos, los extravíos, el pecado y el desórden, de tal manera, que sin aparato de tribunal y sin forma de juicio público se adelanta la conciencia humana á fallar contra quienes pervierten el buen sentido de la rectitud natural. Y esto, que es como instintivo en el hombre, sirve de fundamento para vindicar la pureza en el obrar contra las agresiones del escándalo. Mal parada la filosofía trastornadora, se esfuerza por acreditar de razon el racionalismo, y de dignidad el envilecimiento; pues negar la procedencia de los seres, sus relaciones con el Sér Supremo, su modo y forma de vivir, es declararlos sin origen, espúreos, perdidamente bastardos.

Por no atender á esto, incurren los ánimos soberbios en la falta imperdonable de desconocerse á sí mismos an-

tes de negar la Providencia, é incurren tambien en el crimen de revestir sus actos de una dignidad insolente. Hemos visto á gentes desalmadas pronunciarse en favor del pueblo, constituirse abogados de los derechos del hombre y pedir á la justicia, á la ley, á la familia y á la sociedad estrecha cuenta de los actos y de los derechos que legitiman su ascendencia. Y, como si esto no bastara, apelan al recurso de lo que llaman «liquidacion,» dando cabida en este procedimiento al martillo que demuele, á la piqueta que derriba y al fuego que tala y consume; y para que la operacion no termine sin sacrificios, preparan las víctimas que deben coronar las fiestas saturnales. Sirven de testigos en prueba y confirmacion de estos hechos mil sangrientos ensayos que tenemos á la vista. Cierto es que tales cosas se apellidan revolucion; pero el titular de este modo, es porque la revolucion es un título de adquirir y motivo de recompensas. Se diria que es el género de nobleza que admite la época presente. Privilegiada la audacia, considerado el agresor, tenidos en mucho los merecimientos revolucionarios, se crea una raza de felices conquistadores, que hacen de nuestras ciudades el campamento donde en vez de combatir á enemigos de la patria, se aflige y contrista á los buenos patricios y á los ciudadanos honrados. Huyen como foragidos las personas distinguidas, y mil familias abandonan el hogar donde nacieron ellas y sus hijos. Son invadidas ó incendiadas las casas que eran asilo y á la vez consuelo de las muchedumbres hoy soliviantadas. Así, pervertido el sentimiento verdaderamente popular y trastornado el orden público, todo adolece de confusion horrible. La revolucion, como el diablo, *homicida erat ab initio.*

Ha traído estas plagas lo que se llama espíritu discuti-
dor, espíritu rebelde, inquieto y levadura perversa de toda
asociacion, pues, haciendo impracticable la caridad é im-
posible el gobierno, deja sin respiradero á la honradez

y á la decencia. *Mutaverunt jus; corruperunt fœdera.*

¡Desdichada sociedad! No se encuentran mas que ligas fortuitas, ocasionadas por la necesidad de hacerse fuertes contra la justicia, con desprecio de toda ley. Por manera que, llamándose espíritu de asociacion esas funestas agrupaciones, solo tienen concierto en protestar contra los gobiernos y en resistir, arma al brazo, todo genero de autoridad, aun las que ellas crearon, acariciando las revueltas como medio de salvacion.

Los pueblos que no entendian de racionalismo, lo practican ya con asombrosa exactitud; y las gentes que se escandalizaban de la impiedad, ven impasibles el triunfo material de la irreligion.

Progresá el mal, hasta el punto de haberse disipado en unos, y en muchos perdido por completo, la veneracion á las cosas santas y el respeto á la autoridad. Nadie la tiene desde que todos la pidieron y desde que todos la ejercen á nombre de una soberanía tan práctica como inconcebible. Se ha hecho positivo lo que parece simplemente imaginario. De modo que los verdaderos pensadores, calificados ayer de melancólicos, son hoy tenidos como profetas. Pero ¡ay! son profetas despreciados, profetas compadecidos por los desdenes del mundo. No hay gravedad y hay orgullo; no hay dignidad desde que la insolencia tomó el aire de carácter; no hay educacion desde que un amaneramiento de mal origen ha relegado de la sociedad la sencillez cristiana; y todo ha desaparecido al reemplazar la urbanidad del Evangelio con lo ceremonioso de una etiqueta mortificante ó con el descaro de una despreocupacion agresiva.

Ofendia primero la represion; empezó luego á molestar la advertencia aun cariñosa; se hizo capítulo de acusacion el consejo; y se calificó de impertinencia el aviso caritativo; hasta que se llegó á establecer la funesta teoría de condenar la sabiduría que precave, llamando *sistema preventivo* á toda prudente y digna precaucion. De modo que

se quiere un mundo atropellado, una sociedad desatinada, una manera de ser que semeje la perturbacion y el desconcierto, sin perjuicio de dar nombre de *espíritu público* á la convulsion irrefrenable. ¡Qué situacion! Claro es que dentro de ella y á su lado no puede vivir ninguna idea de orden, ni sentimiento digno, ni principio de moralidad. Es simplemente la revolucion que desbarata y el delirio que horripila. Un nuevo diccionario es menester para dar cabida á tantos vocablos de angustia como son precisos para indicar el profundo trastorno que sufrieron las ideas y las cosas, merced al crédito sucesivo de novedades peligrosas. Sin cesar engañan y sin cesar se aceptan. Siempre vive el mísero vulgo en expectativa de realidades y de portentos, muy satisfecho al parecer de verse en vísperas de nuevos desengaños. Y con todo, cree y creará siempre á los impostores; y tendrá por enemigos, ó por lo menos mirará con prevencion odiosa á quienes le digan la verdad. ¡Ciertamente que hace prodigios la ilusion, y milagros la mentira. Así los que desdeñan las verdades benéficas, se hacen esclavos de engaños crueles. Por ahí andan erguidos los ilusos, y hasta finjen creer haber encontrado el secreto de una felicidad completa. ¿Por ventura, consistirá la dicha de estas gentes en haberse atrevido á burlarse del buen sentido?

Bien mirado, pueden reducirse á una sola todas las teorías modernas. Sustituyen á Dios con el hombre, con el derecho humano el derecho divino, con la razon participada la razon suprema, con la Iglesia del Estado la Iglesia universal; y la libertad política, que nada sanciona ni hace respetar, y para nada sirve de garantía, sustituye á la libertad cristiana, á la libertad de la Iglesia, á la libertad de la justicia y de la honestidad. Dirigen los destinos del hombre, falsificando las posiciones y deshonorando los tratados. Ved por qué medios se ha llegado á dar salvo-conducto á la perturbacion general, haciéndola permanente.

Relegada de los códigos modernos la noción de Dios, fundador de la Iglesia y autor de la sociedad, y viniendo en reemplazo de la ley divina los plácemes arbitrarios y las convenciones humanas, claro es que todo ha de adolecer de flaqueza é inconstancias, forma natural de una razón de estado sin dignidad y sin consistencia. El capricho en vez de la razón, y el despotismo en lugar de la responsabilidad, cuya idea queda abolida ante el concepto de la humana autonomía, contrasentido originado á deplorables soberbias, hé aquí formulado el plan de civilización moderna. No es Dios lo que perturba y agita.

Desde que los homilias políticas tomaron á su cargo enseñar una religion sin dogmas, una virtud sin sancion y la moral universal, hemos visto al ateismo predicar un género de honradez que casa con los vicios, y un género de probidad conciliable con la malignidad del interés propio. Hay tambien patriotismo de cálculo, tanto mas lucrativo cuanto mas refina la perfidia en daño de los intereses patrios. De modo que no se encuentra camino por donde eludir la presion de esas tiranías, veladas siempre con pretextos injuriosos al mismo sentido práctico de la vida social. Y con todo, primero han de caer las cualidades consoladoras del orden público que las funestas ilusiones que agitan los ánimos.

No sé como calificar este fenómeno. Si es castigo de Dios, el castigo indica un gran crimen. Si es prueba, debo creer que esperan al mundo, así acrisolado, dias de enviable ventura. Pero, si el castigo supone medicina de correccion, y la prueba misma es un castigo, entonces, no viendo, como no se ven, ejemplar enmienda y edificantes conversiones, bien puede asegurarse que nada lisonjea las humanas esperanzas.

Siguen los hombres riendo risa estúpida, y entregados sin reserva á un género de brutal sensualismo, costoso de hacienda, de vida, de honra, de razon á la cual em-

brutece, y de dignidad á la cual degrada y envilece.

No son estos quejidos de un moralista rígido. Son cuadros vestidos con decencia retórica, á fin de que su repugnante desnudez no ofenda la vista. Ni siquiera he dado nombre propio á los desórdenes de la vida pública, ni he querido hablar de sus extragos. Hay frases y palabras, cuyo eco empaña el oído. A ese género pertenecen los nombres propios, con que debiera calificarse la corrupción imperante. No se contenta con escuelas, con sistemas y magisterio; pide y ha conseguido imponerse á nombre del Estado. Por manera, que la impiedad vive vida social, se enseña de oficio, se predica, mereciendo los maestros premio y lauros; y por fin, están á su servicio las fuerzas vivas de las naciones civilizadas. De aquí no se puede ir adelante. O el caos, ó el retroceso. No siendo dable hablar de miras retrospectivas, claro es que está en puertas la desolación. *Prope est in januis*. Llama destruyendo: no espera respuesta del portero. Caerán cuarteadas y reducidas á ceniza. Estas afirmaciones tienen mas de históricas que de proféticas. Abundan los ejemplos, aunque sean escasos los escarmientos.

ANTOLIN, Obispo de Jaen.

LA UNIÓN CONSTITUYE LA FUERZA

Por efecto de una dolencia, propia de esta rigurosa estación, que me ha impedido leer con la asiduidad que acostumbro y con el gusto que siempre experimento, los artículos doctrinales de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, no he llegado á enterarme hasta hoy del que bajo el título de LA REACCION RELIGIOSA, me dedica desde la Isla de Cuba, no sé si en son de alabanza ó de censura, el Sr. D. Ramon María de Araiztegui, con motivo de una carta mia, dirigida hace

meses á mi apreciable amigo, que en paz descansa, Don Juan Bravo Murillo, proponiéndole los medios de acudir á la defensa del órden público, de la religion católica y de la sociedad humana, gravemente amenazados por los bárbaros del siglo XIX. El autor de la disertacion á que me refiero, haciéndome cargos de algunas proposiciones mías, que reproduce aisladas, se expresa en estos términos:

«Con razon decia, pues, D. Fernando Corradi en carta al Sr. D. Juan Bravo Murillo, inserta en el número 9.º del periódico madrileño LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD:—«Cuando los bárbaros del siglo XIX nos amenazan con la tea incendiaria y la cuchilla niveladora ¿tendrá la pluma virtud y poder suficientes para contener sus impetus, persuadir su razon y desarmar su brazo? —No.»

«Y agregaba con no menos razon, indicando el remedio en principio: «puesto que los demoleedores se conciertan para su mal, justo es que nos reunamos para el bien; ya que hay quienes se coaliguen para destruir ¿no sería un suicidio dejar de congregarnos para conservar el fruto de nuestro trabajo y el patrimonio de nuestros hijos?»

«Pero desvíase el Sr. Corradi del verdadero camino, al concretar su proyecto, al llegar á poner manos á la obra: «para realizar, dice, tan alta empresa, los fundadores y patronos de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, deben, en mi juicio, obrar principalmente como una gran sociedad de socorros mútuos, etc.» No sigamos mas, desde luego se vé que se trata de una obra puramente humana y materialista, y empezamos á desconfiar de ella (1).

«La sociedad se desquicia, la sociedad se va, es verdad, pero ¿por qué se disuelve? ¿Por qué se vé que la obra de muchos siglos se va á evaporar y desaparecer como el humo y el polvo de las ruinas? ¿No es porque aquellas tres

(1) El ilustrado autor de este artículo, al decir lo que precede y sigue, no ha parado mientes en que el Sr. Corradi apoya decididamente desde su fundacion con su nombre y su pluma á una Revista que lleva por lemas y sostiene incansablemente como eternos principios sociales, Religion, Familia, Patria, Trabajo y Propiedad; y que en la misma carta que cita no se propone sino robustecer y asegurar esos principios, el primero de los cuales es cabalmente la religion verdadera con todos sus dogmas y doctrinas salvadoras. Otro tanto ha hecho en varios artículos que en nuestra Revista se han publicado. (N. de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD).

bases, la autoridad del deber, la autoridad paternal y la autoridad social, en una palabra, la autoridad de Dios, en que se refundian aquellas, ha sido negada, rechazada, escarnecida y despreciada? Pues restablezcamos ante todo esa autoridad de Dios, la soberanía de Dios; reunámonos en buen hora, coaliguémosnos para restablecerla; pero, ó todo ó nada, restablezcámosla en toda su plenitud. ¡Asociación! ¿Para qué nuevas asociaciones? Reunámonos en el seno de la sociedad divina, que hace diez y nueve siglos está formada, y en ella encontraremos el remedio para los males temidos, porque en ella encontraremos el camino, la verdad y la vida. ¡Sociedad de socorros mútuos! Si el mal está en la ausencia de Dios, del Dios de los católicos ¿no es grandioso yerro fiar en nuestra pequeñez, prescindiendo de ese Dios? ¿Para qué novedades, si tenemos remedios antiguos y muy eficaces?»

De modo, que despues de aprobar el Sr. D. Ramon María de Araiztegui, las razones en que fundaba yo el patriótico consejo, que me atreví á dirigir á todos los hombres honrados de unirse y coaligarse para contener la irrupcion de esos vándalos, cuyas armas son el incendio, el saqueo y el asesinato, condena en la práctica el procedimiento de que hayamos de obrar como una gran *Sociedad de Socorros Mútuos*. No comprendo, en verdad, ni la fuerza de los reparos que opone el autor del artículo á mi pensamiento, ni la índole de los principios á que obedece, ni el verdadero fin que se propone.

Pues si la sociedad *se va, se desquicia, se disuelve*, segun afirma, porque *la autoridad del deber, la autoridad paternal y la autoridad social* han sido *renegadas, rechazadas, escarnecidas y despreciadas*, ¿cómo se restablecen y defienden en la esfera de los hechos esas tres *autoridades*? ¿Por qué medios habrá de conseguirse que la autoridad de Dios, que resume y simboliza esa trinidad moral, recobre su imperio en el revuelto torbellino donde nos agitamos?

¿Acaso podrá restablecerse esa autoridad limitándonos á orar al pié de los altares con el ánimo contrito y desar-

mados los brazos? No: hay que trabajar de consuno sobre el espíritu y sobre la materia, por medio de la enseñanza que ilustra y de la acción que ejecuta. En el orden moral debe oponerse á la impiedad que pierde, la fe que salva; á las arengas corruptoras é incendiarias de los criminales apóstoles de la demagogia demoleadora, una predicación fecunda y constante en favor de los intereses sociales y de los preceptos de origen divino. En el orden material es indispensable que contra los clubs donde se conspira para destruirlo todo, se funden y organicen asociaciones de hombres probos y religiosos para poner un dique al torrente desbordado, cuyas cenagosas aguas exhalan miasmas de corrupción y muerte. Si aspiramos á tan altos fines, debemos obrar como una gran *Sociedad de Socorros Mutuos*, coaligándonos, bajo los auspicios de la Providencia, para defender colectivamente y cada uno por sí, la religion de nuestros padres, que es la autoridad de Dios *negada, rechazada, escarnecida y despreciada*, la familia, obra del Supremo Criador, la propiedad consagrada por las leyes divinas y humanas, y los eternos cimientos del orden social, institucion del Omnipotente artífice del Universo.

Téngase presente que así como la disgregacion es la impotencia; la union constituye la fuerza. *Ex pluribus unum*. Hé aquí el secreto del éxito y la gran palanca que han asegurado el triunfo de la cristiandad en nuestra patria; cuando luchaba contra los sectarios del Corán; y han contribuido á la civilizacion del mundo.

FERNANDO CORRADE

II

Que la materia es indestructible é increable es el tema del segundo capítulo. Para probarlo acude el autor á la química, que nos enseña como nada se pierde en el mundo, que solo hay transformaciones, que los átomos de carbon, por ejemplo, de una vela que arde, no desaparecen, sino que se convierten en ácido carbónico, mediante su combinacion con el oxígeno, y así en todos los demas casos. Lo cual se sabe en el mundo hace rato, y ya Lavoissier con su balanza lo probó experimentalmente, y los antiguos tuvieron la misma idea, aunque no tan clara ni científicamente fundada, pues admitían la *materia prima* susceptible de constituir los cuerpos mas diversos mediante la *forma sustancial*. Pero no incurrian en la grosería del argumento de Büchner que puede reducirse á esto: todos los hechos de la química prueban que ni un átomo se pierde en el mundo, que no hay en la naturaleza fuerza alguna capaz de formar ni de aniquilar un solo átomo; luego tampoco tiene esta fuerza el autor de la naturaleza: que es casi como si dijéramos, «ningun par de botas come, ni digiere, ni siente, ni discurre; luego tampoco los zapateros.» ¡Es mucho raciocinar! Y cuenta que el ejemplo será hartó chavacano, pero no alcanza á la distancia infinita que por necesidad hay que admitir entre la naturaleza y su autor.

Lo mismo dice, y lo mismo tenemos que responder acerca de las fuerzas, que es el objeto del tercer capítulo. Ya hace tiempo que sabíamos que las fuerzas no desaparecen, que se transforman ó quedan latentes para nosotros, que el calor se cambia en movimiento y vice versa, que la afinidad química produce electricidad, fuerza muscular, etc., etc. Lo extraño es que nuestro sábio autor no supiera esto cuando escribió su libro, pues solo en la quinta edicion añadió este capítulo. Nosotros contestamos á él con la misma reflexion que al anterior. Dadme materia y movi-

(1) Véase el número anterior.

miento, decia bastante atrevidamente Descartes, y os haré un mundo—un mundo material queria decir;—pero ahí estaba para él la dificultad; en haber á las manos materia, y en hacer comenzar el movimiento, en tener una fuerza natural.. y por eso, como todos los buenos filósofos y naturalistas, buscaba en Dios el origen del movimiento, donde nosotros tambien le habremos de buscar, en paz sea dicho.

«Probado ya irrecusablemente que la materia, como tambien la fuerza, es eterna, vamos á probar ahora (cap. IV) que es infinita, lo cual es facilísimo. *No le encontramos fin, pues no le tiene.*» El hecho se prueba por el microscopio y el telescopio, que siempre descubren cosas mas pequeñas y mas grandes respectivamente, segun aumenta su potencia. La consecuencia es solo propia de la lógica büchneriana. Tampoco se encuentran los átomos ¿cómo creer en ellos? Por exigencia de la razon, se dirá. Pues por exigencias racionales, digo yo, es finito el número de los cuerpos y el de los átomos, y todos sus cambios y modificaciones, es decir, el mundo es finito en tiempo y espacio. Y por cierto que no es tan fácil demostrar la existencia de los átomos por exigencias racionales, aunque no se los haya visto, como demostrar lo limitado del mundo y de toda cosa creada. Yo sé de un sábio, Fr. Hoffmann, que ha escrito un libro contra el sistema atomístico absoluto ó relativo, y hay muchos otros de su opinion. Pero la infinidad del mundo es absolutamente imposible y absurda, porque choca contra la idea primaria del número, incompatible con lo infinito. *Número real infinito*, igual á *círculo cuadrado*, porque la noción de lo infinito es la de lo inmutable, incapaz de crecer más ni disminuir; y la noción de número es la de cantidad, que siempre está sometida á sus propiedades esenciales, que puede ser aumentada y disminuida, dividida ó multiplicada. Y si se admite un número infinito de astros, se tendrá que admitir un número mas infinito de cuerpos de que se componen, y un número infinitamente mas infinito de átomos, de que se componen estos cuerpos. ¿Y no dice nada el sentido comun acerca de estos infinitos reales, y mayores unos que otros?

¿Qué se opone á esta dificultad del sentido comun? Estos hechos: que no encontramos límites con el microscopio ni con el telescopio; que el telescopio de Rosa descubrió astros, cuya luz tarda en

llegar á la tierra doscientos millones de años; y en fin, que si el mundo tuviera límites, la atraccion llegaria á producir una aglomeracion de toda la materia.

Nada quiero añadir sobre la primera razon, porque rubor causa ocuparse de ella. Sobre la segunda afirmo redondamente que ai Büchner ni Rosa entienden demasiado. Los cálculos acerca de las distancias de las estrellas fijas reposan en una nueva hipótesis, esto es, en que las mas pequeñas, al parecer, están mas lejos; que las de segunda magnitud, por ejemplo, están doblemente distantes que las de primera, y así sucesivamente. Mas esto es una hipótesis, repito, no un hecho; no está apoyado en observaciones, no se ha seguido el método empírico exclusivamente, único que para nuestro naturalista tiene valor; y á esa hipótesis tengo el pleno derecho de oponer otra, por ejemplo, que hay estrellas grandes y pequeñas, y que un telescopio descubre las primeras y otro de mas potencia descubre las segundas, quedando probablemente muchas otras aun, que no se podrán descubrir. Mas demos todo eso por cierto y averiguado; y nada importará para el caso, porque no hay dificultad en que el número y distancia de los astros sean asembrados, sin que esto quite ni ponga nada á la imposibilidad de que sean infinitos.

La tercera razon parece que deja satisfecho y triunfante al autor, lo cual me da á mí barrunto de que no ha mirado mucho por los telescopios, ó á lo menos no ha tenido en mientes lo que los astrónomos nos dicen. Rues bien, yo lo recordaré. Dicen que primitivamente estaba la materia diseminada por el espacio; aunque, por supuesto, no lo saben, ni al llamar á ese espacio infinito están obligados á probarlo con el telescopio ni con la razon, porque no todos los astrónomos saben filosofía. Despues la atraccion aglomeró á la susodicha materia en astros, y esta aglomeracion y presion consiguiente los redujo por el enorme calor á estado liquido y gaseoso... es decir, que al cabo de prevalecer un tiempo la atraccion, llega á dominar la fuerza repulsiva del calor, y despues otra vez aquella, etc. Conque vaya V. echando cuenta de cuántas veces se habrá aglomerado y vuelto á separar la materia en tantas miriadas de siglos! Tambien digo que no se tema que en nuestros dias se nos vengani encima las estrellas, ó nosotros seamos lanzados allá, al sitio en que se hallan, porque la cosa va

despacio. La atraccion solar es en la superficie de unos 139 metros por segundo; y como está en razon inversa de las distancias elevadas al cuadrado, y de aquí al sol hay próximamente 422 veces el radio solar, habrá que dividir los 139 metros por el cuadrado de 422, lo que dará una atraccion del sol sobre la tierra igual á 0,00078 metros por segundo; y así, la tierra obedeciendo únicamente á esta fuerza, marcharía hácia el sol con la dicha velocidad, que da, si no me engaño, sobre 777.576,251 kilómetros al año. Y como la estrella mas próxima está por lo menos 206.265 veces mas distante del sol que la tierra, tendremos en ella una atraccion solar de unos diez y ocho metros en todo un año, lo cual no es para meter miedo, sobre todo, pensando que esto se refiere á las estrellas mas próximas; conque hagamos cuenta de lo que será en las nebulosas de Rosa. Tambien es posible que yo me haya engañado en el cálculo, por lo cual me remito á la pericia de los mas competentes; pero de todos modos, tengamos ánimo, que no se cae el cielo.

Una niñería dice Büchner despues sobre la infinita divisibilidad de la materia, incompatible con el sistema de los átomos, que admite mezclando, como Sancho decia, berzas con capachos, y perdónese la frase. Si existen los átomos, todos los que forman un cuerpo son los que son, ni mas ni menos; y creo que todo el mundo estará conforme con este luminoso principio. Y si son un número cualquiera, no son infinitos, y aunque la química no los cuente, ni se los represente la imaginacion, el entendimiento lo concibe con toda claridad, como cosa necesaria. Tampoco hay dificultad en concebir lo finito en el espacio; lo infinito sí que es inconcebible, y absurdo ademas, porque el espacio *real* es una mera relacion de posicion de los cuerpos, y el *posible* nada, una mera posibilidad de que Dios erie mas cuerpos.

Que es grande la dignidad de la materia, dice el autor en el capítulo V, y lo creo; que no se la debe despreciar, y es verdad, aunque el cristianismo nunca mandó despreciarla, como él mismo se figura. Que es una supersticion castigar al cuerpo... claro! darle lo que pide. Que los frailes en la edad media se maltrataban con ayunos y azotes... ¡era un engaño! pues, si no, ¿para qué acumulaban tanta riqueza, como dice el autor? Y con lo dicho basta para este capítulo, que juzgo no da mas de sí.

III

Y no solo la materia y la fuerza son eternas, increíbles é indestructibles, sino que las leyes de la naturaleza son tambien *eternas é inmutables*. ¿Leyes se dice? ¿Y quién las ha dado? ¿quién es el legislador? Una ley ¿no es una disposicion tomada por una razón para el logro de algun fin? ¿Y vamos á admitir ahora que hay en el mundo medios y fines? Pues entonces ¿por qué negar la existencia de órden y de causas finales, para escurrirnos del argumento que de ellas se saca en favor de la existencia de Dios? Vamos, sin duda Büchner dice *leyes* por chanza, ó para acomodarse al lenguaje comun de los pobres mortales; pero habrá querido decir que las fuerzas todas del mundo obran necesaria, eterna é inmutablemente, siempre del mismo modo, y esto lo dice para probarnos que tiene derecho á asegurar *con la mayor certeza científica* que no existen los milagros. Si entendiera mas en esto de raciocinar y proceder con método, hubiera dejado en paz á los milagros, hasta no haber probado perentoriamente que no hay Dios, pues aunque ha dicho algo, le falta decir lo principal en el capítulo sobre la teleología. Pero prescindamos de pequeneces, y vamos al grano. No necesitamos entrar ahora á distinguir los diversos grados de lo sobrenatural y de lo milagroso, porque esto seria meterse en metafisicas, y este no es el fuerte de Büchner; ademas de que, negándolo todo, como lo niega, absolutamente, basta demostrarle en general que no sabe bien el valor de sus negaciones.

Su argumento no puede pasar de esto: el estudio empírico de la naturaleza prueba que las fuerzas naturales obran siempre del mismo modo; luego no puede haber una fuerza superior, extramundana, que les haga obrar en casos dados de distinta manera. Es su argumento favorito, y será difícil sacárselo de la cabeza. Büchner no ha visto ningun milagro; luego no es posible que los haya. ¡Perfectamente! Otros muchos nos dicen que los han visto. « Especulacion interesada, responde, supersticion ó inclinacion particular é innata, que todos tenemos—¿y el autor tambien?—á cuanto es sobrenatural y milagroso. » ¿Con qué esas tiene la pícara naturaleza, que nos lleva espontáneamente, que nos da la

propension innata á creer lo imposible y absurdo? ¡Vaya V. á fiarse de la naturaleza! Y engañándonos en esto, ¿no será prudente desconfiar de ella tambien en esas otras propensiones que nos da, á creer en la existencia de los cuerpos, y de las fuerzas, y de los fenómenos, y de las leyes físicas? Porque en verdad, cuesta trabajo creer al que una vez nos engaña.

¡Y pensar que este engaño es universal, que todo el mundo, sin mas excepción que los pocos sábios ateos y deistas, ha incurrido é incurrirá en él! Porque todo el mundo ha usado y usa de la oracion, que no tiene sentido, si no se cree en lo sobrenatural, en una Providencia; y, si al muy afligido, al que ora con mucho fervor, al que espera y cree con todas sus fuerzas que hay un Dios que lo oye y tiene en cuenta su oracion, le dices que es un tonto, que se molesta en vano, que no hay esperanza, que las leyes naturales son inflexibles é inmutables; créeme, le haces un daño incalculable, le lanzas á la desesperacion, le metes de cabeza en el infierno, único lugar donde no hay esperanza, dice Milton. Pensar que un cantarero no puede hacer añicos su cántaro, que un relojero no puede adelantar ó atrasar su reloj, es cosa fuerte; y no has probado ni pruebas que no haya un Dios con infinito poder sobre la obra de sus manos, mucho mayor que el del cantarero ó relojero sobre sus fábricas respectivas.

¡Inmutables las leyes naturales! ¡Y qué se me dirá, si yo aseguro que aunque lo fuesen, todavía cabria lo sobrenatural, lo milagroso, todavía podría una fuerza superior dirigir las naturales de modo que el resultado fuera muy distinto del que estas solas produjeran? Pues eso sucede todos los dias, y todos lo hemos visto. ¿Qué hace un músico en el piano para sacar esas armonías que tanto nos deleitan? Emplear unos cuantos cuerpos y ciertas fuerzas naturales, como la tenacidad, la electricidad de las cuerdas y del aire, la fuerza muscular, y sobre todo, la de la inteligencia, que es la que todo lo arregla para su fin. Un médico detiene el curso natural de la enfermedad y evita una muerte segura, empleando medios y fuerzas naturales, que obran con arreglo á sus leyes propias. Un hortelano hace que un tronco de espino dé magníficas peras, sin faltar á las leyes botánicas, injertando en él un ramo de peral. ¿Y no podrá Dios disponer las causas naturales de modo que produzcan los efectos pedidos en la oracion, sin necesi-

dad de trastornar el mundo ni enmendar lo que una vez hizo? ¿Quién duda que el hombre y sus actos libres entran en el plan providencial? ¿quién niega que los pudo tener en cuenta Dios al establecer las leyes naturales? No es un relojero que gobierna su reloj descompuesto; es un padre amorosísimo que oye la petición de sus hijos, y sapientísimo y poderosísimo dispone de la naturaleza, obra suya, en combinacion con los actos libres de su criatura principal en este mundo visible. No es el milagro una cosa imprevista para Dios, es querida y ordenada por El eternamente como todo lo demas, y que forma parte del tejido de las cosas humanas. ¿No se ve en esto cómo cabe el milagro, sin que el mundo se venga abajo, sin quedar entregado á un poder arbitrario y desolador? ¿No se ve cómo no se destruyen las ciencias, ni son un farrago inútil, puesto que estas solo consideran las fuerzas naturales, sin perjuicio de que alguna vez, para fines altísimos, una fuerza superior entre en juego con las de la naturaleza y modifique sus efectos, volviendo luego estos á marchar como solian? ¿Se cree que si un taumaturgo cura milagrosamente á un enfermo de tercianas, ya no puede la medicina curar á los demas haciéndoles tomar píldoras de quinina? Dios ha hecho el mundo tal cual es, con la perfeccion relativa que quiso darle; y el mundo subsiste por El, sometido á sus leyes y á su voluntad, que es otra ley, y no se destruye su armonía, porque alguna vez esa voluntad produzca efectos extraordinarios, que tienen su motivo y su fin en el plan primitivo providencial, aunque la ciencia empírica no pudiera preverlos; pero ni puede negarlos *á priori*, ni es consecuente consigo misma al negar redondamente todo hecho milagroso que se le refiera, sin mas que por no tener razon de ser en las fuerzas y leyes por ella conocidas. Negar lo que no se entiende es fácil y vulgar; mas juicio se necesita para creer el milagro, que para negarle sin mas razon que la de ser milagro.

Pero ademas, las leyes naturales no pueden ser eternas ni inmutables, porque nada creado puede ser eterno; y lo de la inmutabilidad solo quiere decir que unas no contradicen ni anulan las otras, y por tanto son *naturalmente* inmutables; pero no es posible que el poder de Dios esté limitado por su propia obra; esto sería un disparate garrafal. Las fuerzas de la naturaleza obran con necesidad *hipotética*, en cuanto Dios las creó así, y en cuanto no

modifique sus efectos en casos dados para fines superiores, ya valiéndose de ellas mismas, ya interponiendo una fuerza superior; cual lo es ciertamente su voluntad soberana... Mas ahora caigo en que estas cosas son superiores á la filosofía puramente empírica, y que exigen haber penetrado un poco en la filosofía basada en la naturaleza y en la razón; que no la suelen comprender muchos profesores de la rétorica y del microscopio; los cuales, sin embargo, no pueden meterse en lo que ignoran, sin disparatar á diestro y siniestro.

Es triste cosa y capaz de apurar la paciencia del mas flemático; el tener que insistir perpétuamente sobre objeciones vulgares, cien veces reducidas á la nada y cien veces repetidas por toda clase de incrédulos, doctos é ignorantes, pulcros ó grotescos; pero empeñados siempre en cerrar los ojos ante la luz de la evidencia. Si ellas partieran de la negacion de Dios, nada tendríamos que decir; pero negar la posibilidad del milagro, aunque exista un Dios personal, autor, conservador y dueño de la naturaleza, no cabe mas que en entendimientos absolutamente obcecados; y una tan profunda obcecacion no debe tener su raíz en el entendimiento, sino más abajo. Por eso se anda arañando argumentos pueriles, por eso se asen de cualquier aparente dificultad, como el que se ahoga se agarra á cualquiera cosa; y es que el corazón extraviado teme grandemente la fé, y el motivo para ello puede colegirse de este famoso apotegma de un incrédulo célebre: *vive de modo que no temas que haya un Dios*.

Digamos algunas palabras mas sobre el manoseado tema de la posibilidad del milagro. Todo aquello que no encuentra su razon suficiente plena en las fuerzas existentes de la naturaleza, es *sobrenatural*, es mas ó menos propiamente *milagroso*. La vida vegetal, cuando aun no existía sobre la tierra, fué efecto de una fuerza superior; lo fué la vida animal, lo fué la aparicion del hombre. En nada de esto se verificó ninguna cosa *contra* las leyes naturales; pero *sobre* las fuerzas que entonces poseia la naturaleza. Si no hay mas que este mundo visible, como quiere el materialismo y tambien el panteismo á pesar de la hipocresía de su lenguaje sibilítico, no hay mas que hablar; pero siendo el mundo obra de la libre voluntad y absoluto poder de Dios, es una aberracion mental pensar que no tenga derecho ó fuerza, ó medios de in-

tervenir á su gusto en las cosas del mundo, máxime cuando la buena metafísica enseña que todo ser particular, todo átomo, toda fuerza orgánica ó inorgánica, dependen de El en todo momento, y por El son conservadas en su existencia y en su acción. ¿Cómo entienden las leyes generales los que las juzgan opuestas á la existencia del milagro? Sin duda como si fueran un firmán del Gran Turco, que en ocasiones se vé precisado á abolirle ó derogarle, ó suspenderle para un caso particular. En el milagro no hay eso. La fuerza de gravedad atraía el cuerpo de Elias hácia la tierra cuando fué levantado por los aires; pero otra fuerza superior predominó sobre la primera é impidió que esta produjera el efecto que hubiera producido obrando ella sola, como sucede cuando arrojo al aire una naranja é interpongo luego la mano para que no caiga al suelo: aquí es la fuerza muscular la que venció á la de gravedad; en el otro caso fué la voluntad de Dios inmediatamente ó por medio de otras fuerzas superiores á las físicas, como por ministerio de ángeles, con perdon de nuestros ilustradísimos incrédulos. *Lo que es milagro en la tierra es naturaleza en el cielo*, dice San Pablo, y es un pensamiento tan profundo como suyo. El milagro no quebranta ninguna ley natural; es la manifestacion de una fuerza superior á las de la naturaleza, para fines trascendentales al plan universal de la Providencia, del cual forma parte, y que no cae bajo el dominio de las ciencias naturales, porque estas solo observan, discuten y predicen lo que depende de las fuerzas físicas, químicas y fisiológicas.

Pero si le consideramos desde un punto más elevado que el de la física, la química, la botánica ó la metereología, es fácil conocer su *necesidad moral*, cuánto mas su armonía con el orden general del mundo. El momento principal de la naturaleza es la humanidad, y su educacion y perfeccionamiento lo más interesante de la acción de Dios sobre este mundo visible. Pero la humanidad en conjunto no se educa y perfecciona inventando las doctrinas que la salvan, sino aprendiéndolas. Para aprender es preciso enseñar; y para hacerlo con éxito, enseñar con autoridad, y con una autoridad irrecusable y eficaz para todos, la cual no tiene la doctrina en sí misma, pues cada uno la aprecia á su manera, y casi siempre es evidente para unos lo que es absurdo para otros. Mas si se interpone la autoridad de Dios, ya nada hay

que hablar; y esa autoridad se muestra por obras de su omnipotencia que todos entienden y que llamamos milagros. Por eso los hizo Jesucristo y los Apóstoles, cediendo á una necesidad de la humana naturaleza, y á las reclamaciones de todos, doctos é indoctos, como puede verse en los Evangelios y demas escritos del Nuevo Testamento; y por eso tuvo aquella predicacion el éxito maravilloso y completamente sobrenatural que tuvo y tiene, pues dura aun y no lleva trazas de concluir. El mismo Renan dice que sin los milagros no hubiera tenido éxito la aparicion de Jesús: él no cree que lo fueran realmente, pero eso no quita ni pone á la exactitud de su confesion. Ahora bien, los asuntos de la humanidad ¿no debieron entrar en el plan de la creacion? Si los milagros fueron un asunto de pasatiempo ó curiosidad, un medio de ir excitando la admiracion de los curiosos y vivir con ellos, como las obras de Hume ó Hermann, razon habria para desdeñarlos, y para no creerlos mientras no se repitieran á satisfaccion de los espectadores, eligiendo estos el lugar de la escena, y tomando todas las precauciones posibles para no dejarse embaucar. Pero Dios no anda satisfaciendo curiosidades ni entreteniéndolo á las gentes; manifiesta á veces su intervencion en las cosas humanas para el perfeccionamiento moral del hombre y la educacion de la humanidad. El milagro, pues, no solo no contradice, no destruye la armonía del mundo, sino que se armoniza perfectamente con las necesidades morales del hombre, satisface su instinto universal por lo sobrenatural, instinto absurdo y contradictorio en la hipótesis de la incredulidad, y conduce al hombre á los altos destinos que Dios le señaló.

(Se continuará.)

FRANCISCO CAMINERO.

CARTAS Á UN OBRERO

CARTA DÉCIMA SÉPTIMA

Apreciable Juan: Continuemos tratando de los medios de disminuir la explotación y aumentar el salario. Hemos visto que, á medida que las clases obreras se elevan en moralidad é inteligencia, inspiran á las clases elevadas más simpatía, más res-

peto, y en caso necesario más temor; y que el deseo y la posibilidad de hacerlas mal, de explotarlas, disminuye en la misma proporción. Fíjate bien en esto del *deseo*, porque la gran cuestión es rectificar las voluntades. Mientras *ocurre* cometer un abuso, el abuso se comete unas veces y se intenta otras; basta intentarlo para producir una gran perturbación. La sociedad no es posible sino porque la inmensa mayoría de las personas respetan mutuamente sus derechos, y no se insultan, se despojan ó se hieren. Si sólo por la fuerza se hiciera valer el derecho, su realización sería imposible, porque al lado de cada hombre, sería necesario un soldado para que no atentase contra los otros. Hay una minoría que necesita ser reducida por la fuerza; estos se llaman criminales: el resto tiene el freno moral, la rectitud de la voluntad. La justicia se respira, como el aire, sin apercibirse de ello.

Conforme á lo ajustado, te dan tu jornal; los días que has trabajado te pagan; si tomas fiado en la tienda, ni lo niegas, ni te exigen el pago de lo que no has sacado; no necesitas llamar testigos al hacer el pago del casero, para que ánote en el recibó lo que le das; si te lavan la ropa, no te dan ningún documento que acredite que es tuya, ni tú le entregas tampoco si eres lavandero; ni piensas en despojar á los otros de lo que les pertenece, ni te despojan á tí; ni hieres, ni eres herido. En las relaciones sociales hay cierto grado de equidad y benevolencia que no notas, y sin el cual serían imposibles, y la moralidad tiene más parte en el orden que la fuerza. Desde el momento en que la ley no tiene más que el apoyo material, y que no está en la conciencia, se infringe por muchos que no creen cometer un delito. En todos los fenómenos sociales los hechos son la consecuencia de las ideas y de los sentimientos.

En el hecho de lo reducido de tu salario influyen muchas causas; es uno de los más complejos que pueden estudiarse, pero no se sustrae á la influencia de las ideas y de los sentimientos. No dudo que hará sonreír á ciertos lábios la modificación del salario por el sentimiento, pero si la cosa es positiva, aunque se tome á burla, infuirá de veras. Al fijar la cantidad del salario, si no por todo, entra por algo la *idea* de las necesidades del trabajador; y la prueba es, que donde los mantenimientos están muy caros, los

jornales no suelen estar baratos, y en igualdad de todas las demás circunstancias, se paga mejor al obrero de la ciudad que al del campo, que puede vivir con más economía. Por mucha que sea la concurrencia, á un jornalero no se le fijarán por jornal dos cuartos diarios, porque con esta cantidad se sabe que no puede comprar la cantidad necesaria de alimento para trabajar, ni aun para sostenerse en pié. El *minimum necesario* del que hace la obra, depende de la calidad del obrero que se emplea. Si es un animal, el pienso; si es un esclavo, poco más; si es un hombre libre, tiene más necesidades, que son mayores á medida que se eleva en dignidad y consideración. De una máquina que necesita descanso, se convierte en ser racional y moral; tiene familia, deberes de hijo y de padre, deberes de ciudadano; necesidad, no solo de alimento, sino de vestido, de cama, de albergue, y de cierta decencia, sin la cual no es posible su dignidad de hombre. La idea que el operario tiene de esta dignidad, y la que tiene el que le emplea, influyen en el modo de pagarle, y esta idea viene en parte del sentimiento. Cuando no se desprecia al obrero; cuando se reconoce en él á una criatura racional, digna, capaz de nobles y generosos impulsos; cuando se le mira como miembro de una misma familia, como un hermano que ha tenido al parecer menos fortuna que nosotros, inspira simpatía, compasión y respeto: no se le puede condenar á vivir como los animales que encuentran escaso pasto; el sentimiento modifica la opinion ó la forma, penetra en las instituciones y en la organizacion económica, y el *minimum* considerado necesario del obrero sube, á medida que sube el aprecio que merece é inspira.

En Inglaterra, por ejemplo, cuando estaba prohibida la entrada de granos hasta que tenían un precio subidísimo, si á él llegaban, la desproporcion del precio de los jornales con el de los mantenimientos era grande y el hambre espantosa. Por dura que fuese la aristocracia, al cabo era civilizada y cristiana, y la contribucion de pobres era un verdadero suplemento de salario, dado de la peor manera posible, pero dado en fin, en virtud del principio de un *minimum necesario* de retribucion para el obrero. En los socorros de la parroquia, á que todo pobre tenía derecho, entraba el té y el azúcar: estos artículos, que en otros países son de lujo, eran allí tenidos por de primera necesidad, y esta opinion

estaba formada por ideas y sentimientos, como todas las opiniones, porque no hay cosa menos razonable, que suponer que el hombre seguía por razón y nada más que por ella. Las dos cosas más grandes que hay, la caridad y la justicia, se sienten por lo menos tanto como se razonan.

Con el trabajo de las mujeres, en general, sucede algo parecido á lo que acontecía á los obreros ingleses en tiempo de carestía; no se paga lo suficiente para que viva el trabajador. Es efecto esto de muchas causas, pero no hay duda que una de ellas es la idea de la inferioridad de la mujer y de sus menores necesidades. La mujer apenas ha tenido hasta aquí personalidad social; se la consideraba como menor, recibiendo dirección y apoyo de su padre, de su marido, de su hijo ó de su hermano que la sostenían. La que tiene derecho á una pensión como huérfana, la disfruta, no hasta la mayor edad como los varones, sino toda la vida, á menos que se case, y tenga ya quien le proporcione el sustento que ella se supone incapaz de ganar. Ya se sabe que el trabajo de la mujer, por regla general, es un auxilio para la casa, pero no puede sostenerla; y cuando no hay otro recurso, la caridad y la beneficencia tienen que dar un suplemento, si la miseria no ha de cebarse en las pobres víctimas de un deplorable error. La corta retribución del trabajo de la mujer reconoce, entre otras causas, el desden que ella inspira y la suposición de que tiene quien la sostenga; porque lo necesario para el obrero ha de salir de alguna parte, y preciso es que lo reciba, en forma de limosna, sino como salario.

La concurrencia, te dicen, esa es la que arregla el precio de los salarios como el de todas las cosas; cuando hay muchos trabajadores y poco trabajo, los jornales bajan, y viceversa. Seguramente que la concurrencia es mucho, pero no es todo, y está limitada, tanto para subir como para bajar los jornales, por otras leyes. Figúrate que hay en Madrid 300.000 personas que quieren llevar zapatos, y que no hay más que 30 zapateros; van á dar la ley, su boca es medida, y no quieren hacer un par de zapatos menos de mil duros. Posible es que haya alguno que los pague, como se pagan los diamantes, y con más razón, porque son de mayor utilidad; pero el número de los que quieren y puedan dar 20.000 rs. por un par de zapatos será muy corto, y los más se

ingeniarán buscando otro medio de calzarse, ó aprendiendo á fabricarse su calzado ellos mismos. Ya ves que el jornal por arriba, aunque no haya concurrencia, tiene el límite de la imposibilidad de vender los productos del trabajo cuando resultan excesivamente caros.

Ahora, imagina que sucede todo lo contrario; que hay en Madrid 30.000 peones de albañil, y solo tres obras: los dueños pagan á dos cuartos cada día de trabajo. Como no es posible, que, no ya una familia sino un hombre se procure el necesario sustento con tan corta cantidad, no habrá quien acepte la proposición. Si por acaso hubiere alguno, necesario es que reciba, según te he dicho, como socorro el minimum necesario que se le ha negado como jornal; lo cual quiere decir que, sin concurrencia ó con ella, la sociedad necesita mantener á sus trabajadores, y que hay un límite al poder de la concurrencia, tanto en el máximo como en el minimum de los salarios.

Para este minimum influye la opinion que se tiene de las necesidades, y para esta opinion la simpatía y el aprecio que inspira el obrero. Mira, por ejemplo, lo que sucede con los abogados: el número es excesivo, hay una gran concurrencia, muchísimos se quedan sin trabajo, pero la retribucion no baja proporcionalmente; nunca se paga á un abogado como á un albañil, según dictarian las leyes de la concurrencia si no estuvieran modificadas por otras. ¿Por qué? Porque aun cuando multitud de manos se disputen la obra, no es posible al pagarla prescindir enteramente de la calidad del obrero, de su valor moral é intelectual; y cualquiera que sea su número, nunca se pagará el informe de un letrado como el viaje de un mozo de cordel. Ya ves aquí otra modificación de la ley de la concurrencia.

De todo lo dicho y de mucho más que pudiera decirte, se deduce, que una de las cosas que influyen en el precio del trabajo es la idea que se tiene del obrero, de su valer y de sus necesidades. Cuando era esclavo se le trataba casi como á una bestia; hoy empieza á tratársele como á un sér racional, se habla de instruirle, de reducir sus horas de trabajo, de prohibir el de sus hijos hasta cierta edad, etc., etc. Un día llegará, día bendito que Dios apesure, en que se reconocerá como una de sus necesidades la de cultivar su inteligencia, la de elevar su espíritu, la de

afirmar sus creencias religiosas, la de reposar de los trabajos corporales con la comunicacion de otros espíritus que contribuyan á levantar el suyo, asociando las altas ideas, en vez de asociar los bajos instintos.

Para apresurar la venida de ese hermoso dia, es preciso que trabajemos todos, tú, los demás y yo. Es preciso que procuremos y procures instruirte, moralizarte, crecer en inteligencia, en dignidad; y está seguro, que cuando valgas más, te pagarán mejor. Esto, como te he indicado, por una tendencia moral irresistible, y además, porque entonces podrás utilizar un gran medio, la asociacion, de cuyos beneficios para aumentar el producto de tu trabajo, te hablaré otro dia.

CONCEPCION ABENAL.

À LA PATRIA

No voy á cantar tus glorias;
no voy á cantar grandezas
ya pasadas;
no tus inclitas victorias;
no tus brillantes proezas,
olvidadas.

Otros siglos, hijos fieles,
tu corona te dieron
denodados:
mústios yacen sus laureles;
de tu frente ya cayeron
deshojados.

Pobre, triste, abandonada,
hora tu amarga querella,
patria mia:
llora, si; mientras osada,
bajo sus plantas te huella,
gente impia.

Duerme tu león, en tanto
que te desgarran el seno;
llora... llora!...
pues tu antiguo régio manto,
de sangre y lágrimas lleno,
yes ahora.

Desde el Pirene escabroso
hasta la orilla apacible
que el mar baña,
que ofrece tu suelo hemmoso
sino lucha, y lucha horrible,
¡pobre España!?

Rugió la tormenta fuerte;
las turbas se desbordaron;
en tus lares
tendió sus alas la muerte,
y en tierra se derrumbaron
tus altares.

Tuvo la Virgen sagrada
tras de las aras divinas,
paz, contento;
y ora gime desolada
sobre las tristes ruinas
de un convento.

Cesó el cántico inspirado;
no alza el incienso su pura
blanca nube:
desde el templo abandonado,
santa oración á la altura
ya no sube.

Y mientras iniqua saña
sobre cenizas tremola
sus pendones,
¡ay! tus hijos, noble España,
manchan de sangre española
tus blasones.

En el monte y en el prado;
en el valle y en la aldea
¿qué se escucha?
el ¡ay! triste del soldado;
la voz del cañon, que humea;
¡siempre lucha!...

Tendió sus alas sombrías
la discordia tenebrosa
despiadada,
y huyeron los dulces dias,
y huyó la paz venturosa
desolada.

Yerma tus campos la guerra
cual torbellino deshecho
inhumano;
y no se labra la tierra,
y hiere el hermano el pecho
del hermano...

Sangre matiza tus flores,
en contienda fratricida
derramada,

y lloran los labradores,
al ver su herencia querida
devastada.

Entre los montes fragosos
donde su raza altanra
tiene asiento,
los cántabros valerosos
de rebelion la bandera
dan al viento.

Gritos de guerra lanzando
con que aquellas espesuras
se estremecen,
su viejo trono aclamando,
descienden á las llanuras
que enrojecen.

Aquí del mar á la orilla
de altivo fuerte orgulloso
sobre el muro,
pendon que al Ibero humilla,
pendon de ignominia odioso,
se alza impuro.

A su sombra malhadada,
el negro crimen impera
con la muerte;
y en pirata, deshonorada,
la antigua nave guerrera,
se convierte.

¡Triste ciudad sin ventura!
¡ay de tus hijos huidos
de sus lares!...
que contemplan ¡suerte dura!
por la guerra demolidos
sus hogares.

Y allá do Colon grandioso
clavó la cruz redentora
que adorara,
donde Cortés valeroso
nuestra enseña vencedora
levantara,

pugna ¡oh mi patria! un partido
por arrojar despiadado
tu bandera
de ese mundo, que al olvido
y al ancho mar arrancado
por ti fuera...

¡Pobre España! todos quieren
hacer de tu rico manto
mil girones;
todos el pecho te hieren;
¡y se mofan entre tanto
las naciones!

Vacila tu fé sublime;
cubre el porvenir oscuro,
nube densa:

Málaga 12 de Enero de 1874.

y el buen español que gime;
que tras ella un astro puro
se alza piensa.

¿Será verdad? ¿vendrá un día
en que descienda á tu suelo
la bonanza?

¿será verdad, patria mia,
que llegue á cumplir el cielo
tu esperanza?

¡Huyan, oh España, esas nieblas
que oscurecen tu brillante,
limpia historia:
Dios disipe las tinieblas,
y el sol fúlgido levante
de tu gloria!!

JOSEFA UGARTE BARRIENTOS (1)

(1) Con placer hemos insertado esta bella composición, que tanto honra á su inspirada autora, de 18 años de edad.

SECCION HISTÓRICA

LA CATEDRAL DE SEVILLA (1)

IV

Para concluir con todo lo que se refiere al interior de este gran edificio, vamos á decir algo de las ventanas y vidrieras.

Sabido es que en los templos góticos produce un efecto admirable que la luz sea escasa, y modificada por los colores. La opaca iluminacion que producen las vidrieras pintadas, parece que imprime á las naves un aspecto misterioso y sublime, y así sucede en esta Catedral, en la cual no hay mas que entrar, para que sintamos al momento un respeto extraordinario á la Divinidad y un voluntario y decidido movimiento de devocion y piedad.

Reconociendo este principio los directores de esta obra, adoptaron desde luego el pensamiento de que los cristales fueran pintados de colores, y se hizo con tal perfeccion, que es una de las cosas que más llaman la atencion al penetrar en este magnífico templo.

Noventa y tres, dice el erudito Cean Bermudez, que son las ventanas, pero ó han sido cerradas algunas posteriormente, ó padeció alguna equivocacion. Nosotros las hemos contado con mucho esmero, y solo hemos sacado ochenta y siete en estos términos: 12 cercanas á la bóveda donde estuvo el cimbrío; 14 en toda la extension de la nave central; 14 en el crucero; 17 en las últimas naves; 11 en las capillas laterales; 4 en las capillas de San Pedro y San Pablo; 2 en la de San Fernando; 6 en la de San Isidoro, San Leandro y de los Jacomes, y una en la del Mariscal, todas entrelargas, y además 6 redondas sobre las tres puertas de los piés de la iglesia, en los brazos del crucero y frente á la puerta pequeña de la capilla de San Antonio ó del Bautisterio.

Las entrelargas tienen 9 varas y 12 pulgadas de alto, y cerca de 4 de ancho, acabando con el arco apuntado propio de la ar-

(1) Véanse los números anteriores.

quitectura gótica, estando adornadas muchas de ellas con pilas-tras del mismo género y graciosos calados, y en ellas pasajes del Nuevo Testamento, y en las que tienen pilas-tras, Patriarcas, Pro-fetas y Santos Mártires y Confesores.

En todas estas pinturas se nota el estilo de la escuela alema-na, y aunque no son iguales, en todas vé desde luego el inteli-gente buena composicion y eleccion acertada de coloridos, con-tornos, actitudes y pliegues muy bien extendidos, siendo es-tas vidrieras muy á propósito, para que el verdadero artista pue-da estudiar este género, más difícil que el que á primera vista aparece.

Micer Cristóbal Aleman fué el que principió á pintarlas en 1504, continuando la obra Juan, hijo de Jacobo, Juan Bernal, Bernardino de Gelandia, Juan Jaques y Juan Viván. En 1525 se obligaron por escritura á pintar las restantes dos hermanos lla-mados Arnao de Flandes y Arnao de Vergara, y estos conclu-yeron con gran inteligencia la mayor y mejor parte de las que hay en el templo, entre las cuales merece que se haga especial mencion las redondas de los extremos del crucero que represen-tan la Ascension del Señor y la Asuncion de la Virgen, y las que representan la resurreccion de Lázaro, la entrada en Jerusalem, los mercaderes arrojados del templo, la Magdalena ungiendo los piés, la última Cena y la de la capilla de San Francisco. En 1557 falleció Arnao de Flandes, y en su lugar pintó en 1558 Carlos Bruges las de la capilla de las Doncellas, y Vicente Menan-dro en 1560 la que representa la conversion de San Pablo en la capilla de Santiago, en 1567 la redonda de la Anunciacion sobre la puerta de San Miguel, y en 1569 la compañera sobre la puerta del Bautismo, donde están muy bien pintadas las santas patronas Justa y Rufina.

Unas con otras tuvieron de costo á mil ducados: posterior-mente se han pintado otras para reponer las rotas por causa de tempestad, huracanes y otros accidentes; pero estas no tienen el mérito de las antiguas, no habiendo la suavidad del colorido que en estas, tales son las de la capilla de Escalas, pintada en 1794, la de la de San Hermenegildo, y en 1819 la que está en la de San José, siendo de buen efecto la grande redonda que está sobre la puerta mayor, en cuyos bien entendidos calados se han colocado vidrios de colores con tan bien entendida combinacion, que pro-ducen muy feliz resultado.

Cuanto hemos dicho hasta ahora se refiere á lo que está in-

cluido en el perímetro del templo, y tambien hemos dicho que con comunicacion á él hay algunas otras capillas y oficinas, tan dignas de que se haga especial mencion, como que en ellas pueden estudiarse otros géneros de arquitectura, y alguna es un verdadero modelo en su género.

Principiaremos por la capilla Real. Está situada en la cabecera del templo, teniendo á los lados la de San Pedro á la izquierda conforme se entra, y á la derecha la de San Pablo ó de la Concepcion grande. Concluida la obra de la iglesia, recibió el Cabildo carta del Rey, excitándole á que construyese la capilla real como lo habia prometido, documento que se leyó en el cabildo celebrado en 28 de Junio de 1515, y en el mismo se dió comision al maestrescuela de la catedral D. Gerónimo Pinedo y á los canónigos Luis Fernandez de Soria y Diego Rodriguez Lucero para que tratasen de arreglar el asunto. Convino la comision con Enrique de Egas, maestro mayor de la Catedral de Toledo, y con Juan de Alava para que cada uno hiciese una traza, y se escribió á los capitulares que á la sazón residian en Roma, para que buscasen arquitectos en aquella ciudad, Florencia y Milan, que presentaran diseños. No hay noticia de que viniera ninguno de estas ciudades, como tampoco de Flandes, á donde se habian remitido descientos ducados de oro para que se hiciera el mismo encargo, pero sí la hay de que no gustaron los trazos presentados por los maestros Egas y Alava, quedando el pensamiento sin ejecucion hasta 1451, que se dió encargo á Martin Gaiñza para que presentara otro diseño y un modelo, lo que no pudo ejecutar hasta 1550 por estar ocupado en las obras de la Sala capitular, las sacristías Mayor y de los Cálices de esta catedral y en la del hospital de la Sangre, y sujetó el diseño que presentó al examen de Gaspar de la Vega, maestro mayor de las obras reales en Madrid; Fernan Ruiz, de la catedral de Córdoba; Francisco Rodríguez Campido, de la de Cádiz, y Juan Sanchez, que dirigia la obra de las Casas capitulares de Sevilla. Lo aprobaron por unanimidad en todas sus partes, dándose en seguida la orden de hacer todos los preparativos para principiar la obra, siendo el primero llamar á concurso á los canteros del reino, que se citaron por medio de carteles, y concurrieron en bastante número, habiéndose celebrado subasta, de que se levantó acta capitular, que como documento curioso se copia á continuacion: «Viernes 24 de Abril de 1551: en este dia estando en el Cabildo los maestros de cantería que han sido llamados sobre la obra de la capilla real de esta santa igle-

sia, para que labrasen y se diese al que por menos la hiciese, y Martín Gainza, maestro mayor, estando presentes los otros canteros que habian sido llamados, dijo que él haria la dicha obra de cantería en *veinte y un mil y ochocientos ducados*, á carne y cuero (quiere decir, completamente acabadas y enlucidas las paredes), y no hubo otro que abajase, habiéndoles sido por muchas veces apercibido el remate.» En vista de no haber de los presentes mejor postor, en el mismo Cabildo se adjudicó la obra á Gainza, y se acordó que se pagasen los gastos del viaje á los demas que habian concurrido, y que desde luego se principiarian los trabajos.

Antes de pasar de aquí, debemos llamar la atencion de nuestros lectores sobre la prudencia, tino y madurez con que se procedia en siglos anteriores, particularmente por las corporaciones eclesiásticas y los Prelados, cuando se trataba de emprender obras de esta especie. No se economizaban consultas, precauciones y gastos, para que saliera lo mas perfecta posible, y así se procedia por los sábios, generosos y prudentes varones que han llenado el país de magníficos edificios, que forman una de sus mayores glorias, y ahora son motejados por los miserables de los tiempos modernos, que ni aun valor debieran tener para volver su torpé vista hácia la venerable antigüedad, que tantos vestigios nos ha legado de su sabiduría y grandeza: pero volvamos á la capilla real.

Principió Gainza la obra y la continuó con la mayor actividad hasta 1555 en que falleció. Sucedióle el maestro mayor de la iglesia Fernan Ruiz hasta su fallecimiento en 1572; por poco tiempo dirigió la obra Pedro Diaz Palacios, á quien sucedió Juan de Maeda, aparejador que habia sido de Diego de Siloe en la obra de la catedral de Granada, y bajo la direccion de éste se concluyó en 1575, acordando el Cabildo en 19 de Julio de este año que se participase al rey la nueva de la conclusion de la obra, enviándole un modelo de toda ella, comision que desempeñó el canónigo Antonio de Heraso, y que desde luego se preparase la traslacion á la nueva capilla de la imágen de la Virgen de los Reyes, del cuerpo de San Fernando, de los de Doña Beatriz y D. Alonso el Sábio y la reliquia de San Leandro, lo que no pudo hacerse hasta 14 de Junio de 1579, habiéndose verificado con la mayor solemnidad.

Se entra en la capilla por un magnífico arco de 87 piés de elevacion, que coge toda la cabecera de la nave mayor, adornado con doce estátuas de piedra de tamaño natural, que representan reyes

del antiguo Testamento, diseñadas con carbón por el conocido pintor Pedro Campaña en 1553 y 1554, y ejecutadas con gran tino é inteligencia por Lorenzo del Vao y otro cuyo nombre se ignora, pero el apellido es Campos; y está cerrado este arco por una gran reja, que consta de dos cuerpos, con ocho robustas pilastras y remata con la estatua de San Fernando á caballo, recibiendo las llaves de la ciudad que le presenta el rey moro. Esta reja se forjó en esta ciudad, costeada por Carlos III, que dió por ella 450.000 reales: está trabajada con proligidad, pero el conjunto es pesado y no puede compararse con las del presbiterio y coro.

Las dimensiones de la capilla son 81 piés de largo, 53 de ancho y 130 la elevacion hasta la linterna de la media naranja. Toda la fábrica está rodeada de un zócalo y sobre este se levantan ocho grandes pilastras abalaustradas con capiteles caprichosos, que dividen la capilla en siete espacios, y en el friso del cornisamento hay niños con lanzas en las manos.

En los dos primeros espacios, conforme se entra, están uno frente á otro los sepulcros de la reina doña Beatriz y su hijo don Alonso el Sábio, en todo iguales, y constan de dos cuerpos, el primero formado por dos columnas y un arco, en el cual hay dosesles de terciopelo y las urnas cubiertas de brocado de oro, y el segundo con pilastras y el escudo de las armas reales en el centro. En la parte inferior del primer cuerpo hay inscripciones latinas sobre piedra negra con letras doradas. En los segundos espacios, formados por arcos rebajados que sostienen columnas istriadas, hay dos capillas con retablos de mal gusto y buenas estatuas. La del lado del Evangelio da entrada á la Sala Capitular de los capellanes reales, y la de la Epístola á la sacristía, en este lado está el coro, de caoba, de buena forma, costeado por Carlos IV. En la primera de estas capillas, la del lado del Evangelio, se venera á San Antonio de Pádua, y en la de la Epístola á Jesús resucitado. Sobre los arcos de las mismas hay dos medallones con los bustos de Garci Perez y Diego Perez de Vargas, que acompañaron á San Fernando en la conquista de esta ciudad. Sobre estas capillas, hay otros dos arcos con antepechos de piedra calados, que sirven de tribunas; en la de la izquierda, ó sea del lado del Evangelio, está el excelente órgano que en 1807 construyó el maestro Calvette, dotado de buen número de registros bien combinados.

Sobre estos cuatro espacios se eleva la media naranja, que es de forma verdaderamente suntuosa, esférica, con líneas de case-

tones que van en disminucion hasta la linterna, y en los mayores, es decir, en las primeras hileras en cada uno de los casetones el busto de uno de los reyes de Castilla. El presbiterio es semicircular, ocupa los tres restantes espacios, y se sube á él por diez espaciadas gradas de mármol. En su centro hay dos columnas como lo demas de la otra del género plateresco con su cornisamiento, y en medio de estas columnas está el retablo; en cuyo lugar principal se venera la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, que, segun unos autores, regaló San Luis, rey de Francia, á su primo San Fernando; otros dicen que se construyó en Alemania por orden del Emperador Federico II; afirmando otros que fué mandada hacer por la reina doña Blanca, madre de San Luis; siendo lo cierto la mandó colocar el Santo Conquistador en la capilla de la iglesia antigua, junto á la torre. En este retablo, construido por Luis Ortiz en 1647, hay dos estatuas de San Pedro y San Pablo, y otras de San Joaquin y Santa Ana, del mismo Ortiz. En los espacios que están á los lados del central hay nichos con las estatuas de San Isidoro y San Leandro, Santa Justa y Santa Rufina, y sobre estos otros con las de los cuatro Evangelistas. Estas ocho estatuas y los muchos niños, ángeles, entallos y otros adornos del género plateresco; están ejecutados por los citados Vao y Campos y además por Juan Ricardo, Garabito, Cornetis y otros buenos artífices. El cerramiento del presbiterio es muy notable y bien ejecutado; consistiendo en una concha esbelta y elegante que principia en la cornisa y termina en el principio de la media naranja, en cuyas canales hay ángeles, mancebos y querubines, siendo esta concha lo que más embellece esta suntuosa capilla.

Las gradas del presbiterio están divididas en dos ramales, y en medio de ellos sobre una base de jaspe la urna de plata y bronce costeada por Felipe V, en que está el cuerpo del Santo Rey don Fernando, adornada con bajos relieves alusivos á hechos de la vida del Santo y otros adornos delicados, rematando con un airoso pabellon formado por guirnaldas de los mismos metales, en cuya parte superior están colocados la espada, la corona y el cetro. En la base de jaspe sobre que descansa, hay 8 medallones con otras tantas inscripciones alusivas á la vida, muerte, canonizacion y traslaciones del cuerpo del Santo Rey, que está tendido con la cabeza hácia el lado del Evangelio, con la rica armadura que llevaba en las batallas; sobre un lecho de tisú de oro, en la cabeza la corona y en la mano la espada, y tanto la urna como el

altar que está delante para decir Misa y todo el presbiterio, están cercados de una elegante verja de bronce para que el público no pueda pasar de este punto.

A los lados de la urna hay dos puertas pequeñas, por donde se baja al panteon real que está debajo del presbiterio, en el que se venera una pequeña imagen de la Virgen, que enseña la tradicion que llevaba el Santo Rey en el arzon del caballo, y allí se guarda la caja donde estuvo el cuerpo del Santo antes de ser trasladado á la urna, en derredor de la cual se leian cuatro inscripciones en castellano, latin, hebreo y árabe, y tambien existen en este lugar las cajas en que estuvieron los restos de doña María Padilla, de los Infantes D. Fadrique, D. Alonso y D. Pedro, hijos estos dos de D. Sancho el Bravo, y la sepultura del Conde de Florida Blanca, enterrado en este lugar el 31 de Diciembre de 1868.

Tal es la célebre capilla de San Fernando, que mirada sin grandes pretensiones de inteligencia, resulta de un aspecto tan agradable y grandioso, que encanta y admira á toda clase de personas. Si se examina con el criterio riguroso del clasicismo greco-romano, no puede menos de conocerse que no se han seguido en algunas partes los preceptos de este género de arquitectura; pero fijándose en los pormenores, se nota mucho gusto, suma prolijidad y gran perfeccion, y segun las exactas frases de un inteligente, «admirará siempre la fecundidad de su autor, la inteligencia en las proporciones, anatomía del cuerpo humano, la nobleza de los caracteres.... la delicada y fácil ejecucion de los adornos.»

(Se continuará).

VENTURA CAMACHO.

CRÓNICA Y VARIEDADES

LOS ENEMIGOS DE LA CARIDAD.

EL QUINTO ENEMIGO.

En otro lugar digimos (1) á cual extremo habiase llevado en la antigüedad el refinamiento de los placeres sensuales, el culto á la materia, la devocion del egoismo. Recordamos las enormes sumas

(1) El código de la misericordia. Dar de comer al hambriento, etc.

que en Roma se invertían, al entregarse á excesos imponderables en la comida y bebida en medio de aquellos banquetes ó festines, que, imitando y aún excediendo el lujo oriental, producían, como sidigéramos, bacanales á techo cubierto, además de las públicas celebradas periódicamente, en que el espíritu quedaba como sumergido y sofocado entre montones de manjares de todos los climas y entre numerosas ánforas de toda clase de exquisitos vinos. En aquella ostentosa profusión de goces superfluos no es necesario advertir que nada mas olvidado habia que las privaciones horribles, las penosas estrecheces y las angustias mortales, que á la vez consumían en sus lóbregas mazmorras, tristes hogares, ó soledades de los campos, á innumerables hombres, ya esclavos ó plebeyos, que yacían en la miseria. El grosero placer del cuerpo apagaba la luz, y detenía los vuelos del espíritu, de los opulentos y de los bien acomodados, no dejándole considerar los males ajenos, ni ocuparse en llevarles remedio ó lenitivo. Bastábale al hombre carnal, y disipado en los placeres, su propio contentamiento.

Ni es necesario, para caer en tan repugnante olvido y entregarse á tal egoísmo y espiritual flaqueza, contar con las rentas enormes de los patricios romanos, ni con los variados y seductores recursos de los orientales. En todas partes, en donde los llamados placeres de *la mesa*, ó las propensiones del material apetito, llevan al hombre á entregarse á la comida ó bebida como un fin de su existencia, y no como un medio de conservarla para otros altos y nobles fines, hay el vicio que indicamos, *enemigo* verdadero de nobles pensamientos, de altas empresas morales y del sentimiento purísimo de la *caridad*, llama ardiente de amor incansable del bien ajeno, en la cual se consumen ó purifican los egoístas instintos personales.

Y lleva consigo ese avasallador enemigo su propio nombre, *gula*; y á los secuaces que seduce y conquista, déjalos á poco sumidos en lodazal inmundo, y entregados á universal desprecio.

¿No visteis aquel gloton sin hartura, engullidor sin tasa, que lleva sobre sí por arrobos metido dentro de su distendida y ensanchada piel, una gran parte del succulento jugo de los cuantiosos manjares que diariamente devora? Apenas si andar puede: la agilidad de piernas y brazos pasó y se redujo á las mandíbulas y tragaderas: y solo se anima, y brilla en sus ojos centella de regocijo, cuando ve ante sí el cebo abundante á sus voraces ansias, recrecidas y prepotentes á medida que se las complace y estimula. Miradas de soslayo, burlonas sonrisas, acompañan al héroe por donde se presenta; y, si sobre su frente poneis este lema, «no como para

vivir, sino que vivo para comer,» y sobre el prominente abdómen aquel otro de la antigüedad, «mi Dios es mi vientre,» vereis qué bien le sientan. Mas ese hombre, que menos todavía que para sí solo vive, pues no vive, sino rebajándose al nivel del *carnero*, cuando no llegué al de otro animal todavía mas torpe, recibe por recompensa el desprecio general. En el bien de nadie se ha ocupado; preocupase tan solo en su material empleo. Nadie, pues, tiene por qué ocuparse en su inútil existencia. Si le ven, se rien: si no le ven, le olvidan.... A no ser que lleguen sus tempranas y multiplicadas dolencias á ser conocidas de los generosos ministros de la *caridad*; que entonces esta, que ama hasta á sus *enemigos*, acudirá presurosa al lado del doliente, y llevará socorros y llamará con voz suave á su estancado espíritu, para despertar y darle vida y consoladora energía, al par que salud á su cansado cuerpo.

Mirad aquel otro ser abyecto, no ya rebotando obesidad y hartura, sino pálido, sùcio, demacrado, vacilante. La mirada estúpida, el rostro desencajado, su andar incierto, su lábio balbuciente y vagas ideas, os causarán lastima y susto; y, si presenciais que aquella desdichada victima de la más activa y desastrosa gula, que es la embriaguez, aquel ser de razon dotado y con la razon perdida, ausente la fuerza corporal y apagada la luz del espíritu que pudieran guiarle y defenderle, es presa del feroz ludibrio de otros hermanos, embrutecidos á su vez por la embriaguez de la ignorancia y por el endurecimiento del corazon, sentireis, si el vuestro es bien nacido, subir llamaradas de enojo á vuestro semblante, y crispase vuestro puño, ante tan gran miseria y tan indigna canallada; y direis al ébrio, luego que recobre el uso de su razon, «por Dios, hermano, piensa al dirigirte á la seductora taberna, que esa gula pasajera de un paladar viciado, te quita el pan de tus hijos y el tuyo propio, te quita la luz preciosa de la inteligencia, que ha de ser compañera inseparable del hombre, para que pueda llamarse hombre, y te entrega, pábulo ignominioso del solaz de gente bestial y chocarrera, á esas escenas triviales y vergonzosas que te humillan y degradan, poniendo sobre tu frente el deshonor, que te aparta de la sociedad; y ciega para ti las fuentes de sus beneficios, y en especial aquella que es principal para todos, la del trabajo honrado. ¡Efímero y aborrecible placer, que te arruina, te deshonora, y no lenta, sino apresuradamente te mata!» Si por ventura el ébrio tiene por escenario de sus excesos, alfombrados salones, y por taberna el café, el casino ó el festin, entonces, si teneis ocasion para ello, le direis razones mas duras: que mucho mayor vituperio merece

el que desde las alturas de opulenta vida, ó de cómoda existencia, lánzase á un charco de cieno, que el que resbala y en él cae, pasando por la calle.

¡Cuán léjos anda la *caridad* de los pensamientos de ébrios y glotones; pero cuán de cerca sigue sus pasos esta reina de los puros amores, cuando han caído en la desgracia y en el dolor, á que ciega y desatentadamente caminaron!..... Y naciones hay (y su ejemplo debiera imitarse en todas) en que aun antes de sobrevenir el daño, se ha pensado por la ingeniosa caridad en prevenirlo, formando esas loables asociaciones, con razon llamadas «de la *templanza*.» Con esta mátase la *gula*, y se evitan sus deplorables y prontas consecuencias. Y ¡cuánto más feliz es y más sábio y más respetable en todos conceptos el hombre sobrio, que el que á sus anchas se entrega á perjudiciales goces! Vive aquel largos años, dotado de salud, de actividad, de fuerza, de alegría, apto siempre para el trabajo corporal é intelectual, y dispuesto, no solo á cumplir con fácil holgura sus deberes, sino á prestar continuos y pródigos servicios de todas clases á sus semejantes, y á ser para ellos instrumento bendecido de ciencia, de consejo, de ayuda, de socorro, de santa é inextinguible *caridad*, celestial mensajera, que no ennoblece con su trato y compañía á los ébrios y glotones, mientras no se apartan del vicio repugnante, que los avasalla y envilece.

C. M. PERIER.

EL PADRE ZÉFERINO GONZALEZ

En su cristiano retiro no cesa de hacer fecunda para las ciencias, la sana moral, y la alta filosofía, su vida, el ilustre dominico, gloria ya de España, Padre Zeferino Gonzalez. En el número anterior de esta Revista insertamos un luminoso é irrefutable artículo suyo, titulado «La moral independiente.» No há mucho anunciamos su «Filosofía elemental,» obra magistral del eminente filósofo, que ya antes habia dado á la estampa en latin su «Philosophía elemental» y los profundos y afamaðos «Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás.» Y hoy nos vemos gratamente obligados á anunciar una nueva produccion suya, que lleva, como todas, el sello de la oportunidad, y de la depurada ciencia. Titúlase «Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales,» y abraza una suma de asuntos, tan interesantes, como «La filosofía de la historia,» «El positivismo materialista,» que fué escrito para nuestra Revista y publicado

en el comienzo de ella, «La infalibilidad del Pontífice,» «La inmortalidad del alma, según una teoría Krauso-espiritista,» y otros varios. Dos tomos en cuarto, nutridos de eminente doctrina, importantes por las materias que abrazan, de amena lectura por la misma variedad de ellas, y escritos con el lenguaje y estilo siempre serenos y robustos, propios del imparcial espíritu filosófico, en que la pluma de nuestro insigne colaborador siempre se inspira, he aquí su obra novísima, que, como todas las anteriores, á nuestros lectores recomendamos.

Dote el cielo de larga vida á esta cristiana lumbrera de la patria española, hoy por otro lado en prolifos dolores consumida; y, ya sea en su humilde y provechosisimo retiro de Madrid (el más provechoso destino acaso que la Providencia le haya señalado) ya en la Sede episcopal, á que la voz augusta de Roma le llama, á pesar de su abnegacion y renuncia, y en las demás á que la récia lucha de las ideas le iria llevando, para bien de la Iglesia y la sociedad cristiana, ojalá alcancemos á ver desarrollada en esta España querida, noble víctima de errores extranjeros, que no en su seno se engendraron, la escuela filosófica, tranquila, serena y fecunda, á cuyo frente hoy se halla por la fuerza de su ciencia y de su no buscada fama, el sencillo y humilde sacerdote, á quien estas líneas se señieren. La patria, que produce, sin interrupcion, los Balmés y los Gonzalez, en un siglo de agitaciones sin cuento para ella y para toda Europa, no está dejada de la mano de Dios. Si á la voz serena de tales caudillos hace coro, como debemos esperar y procurar, la de la nueva generacion estudiosa (gran ventura para esa generacion, todavía inocente! gran ventura para esa hoy tan contristada patria!

Un síntoma felicísimo se nota: debemos señalarlo. En medio del hastio de las frívolas lecturas, del desengaño y cansancio de las ardientes y apasionadas, cuando los estantes de las públicas librerías hállanse repletos de papel envejecido, las obras del Padre Zeferino Gonzalez se buscan y se compran con creciente avidéz. El síntoma es consolador sin duda. La moda de leer lo bueno y profundo, que se inició en tiempo de Balmes en medio de discordias políticas, y no terminada aún una guerra civil sangrienta, con iguales circunstancias se reproduce ahora. Al preclaro filósofo, cuya modestia para todos tan conocida, no quisiéramos ofender, puede alcanzarle la virtuosa complacencia de ser testigo de esas señales, con que Dios permite que el ánimo abatido se sostenga, para seguir caminando, sin desesperar, entre las asperezas de la vida presente, por senderos escogidos, que quien hácia más tranquilas épocas y más risueños dias para la patria y la humanidad.

Precede á la obra un prólogo de nuestro querido colaborador y amigo don Alejandro Pidal y Mon, brillante como suyo.

EL DIRECTOR,
CÁRLOS MARIA PERIER.

Pto IX á las damas romanas en el día de la Concepcion. Con la unción y ternura propias de su alma inspirada pronunció S. S. el bellísimo discurso siguiente el día de la Purísima Concepcion, delante de gran número de damas, que le presentaban ornamentos sagrados para las iglesias pobres:

«Celebremos hoy la fiesta de la Inmaculada Concepcion: os diré, pues, algunas palabras sobre esta festividad; y para alimentar vuestra fé y vuestra piedad; os recordaré la vision de aquel árbol misterioso, cuya significacion interpreta el profeta Daniel, segun se lee en sus profecias.

»Era una planta de extraordinaria grandeza; su copa parecia tocar al cielo y sus ramas se extendian sobre toda la tierra. A la sombra de esta planta se reunieron todos los animales del campo: sobre sus ramas tegian sus nidos los pájaros del aire y se alimentaban de los frutos de que estaba cargado.

»Pero, en el mejor instante de la vision; cuenta el profeta, se oyó la voz de un ángel que decia; *Succidite arborem*. Apenas pronunciadas estas palabras, el hacha atacó al tronco y el árbol cayó: ramas, hojas y frutos se secaron, y lo restante quedó inútil en el suelo. Sin embargo, la misma voz se dejó oír y dijo. Cortad el árbol, pero dejad en la tierra la simiente de su raiz.

»Mis amadísimas hijas: á mis ojos representa este árbol caido al género humano despues del pecado, y esta raiz que permanece intacta sobre la tierra figura precisamente la Santísima Virgen. Ella fué, en efecto, la raiz que produjo el tallo de donde salió la flor divina que fué Jesucristo: *et flos de radice ejus ascendet*. Ella produjo la gracia divina ya perdida, que manifestaba su fuerza en el tallo y su belleza en la flor.

»En derredor de esta raiz que ha brotado tan maravillosamente, se agrupan hoy todos los católicos de la tierra y todas las buenas almas. Vosotras tambien os reunís en derredor de esta raiz, que produce frutos tan abundantes y saludables.

»Tambien vosotros los producís: hé aquí la prueba de ello. (Señalando los ornamentos ofrecidos). Hé aquí la prueba de vuestra union con la Santísima Virgen, que ama el ornamento de la casa de su Hijo, y quiere que las iglesias sean sostenidas con el conveniente esplendor; ella puede decir y vosotras repetir *Dilexi decorare domus tue*.

»Agradeced á Dios que, al mismo tiempo que el espíritu de la oracion os da el espíritu de las obras; porque aquella sin éstas no es buena ni eficaz.

Esta es la razon de los muchos males que afligen á Europa. Pedir y no obrar, implorar los auxilios del cielo y no complacer en nada á Dios, es una contradiccion: de este modo no se logra lo que se desea. Veo que en gran número de lugares y reinos se confia solo en las súplicas, y solo de ellas se espera el término de los males. Se pregunta por do quiera: ¿cuándo veremos terminar los dias de la tribulacion?... ¿Cuándo? Voy á decíroslo: cuando á las demostraciones de piedad hechas en las iglesias respondan las obras cumplidas fuera de ellas.

»Entre tanto os digo, y lo diria á todas las madres, si me oyesen: «Os recomiendo á vuestros hijos.» Decidles que el demonio, que fué el primer revolucionario del mundo, engañó á una madre, á una esposa, de cuyo primer engaño han venido tantos males, felizmente reparados despues por la flor nacida del tallo de Jessé.

»¡Oh! Decidles que del mismo modo que Adán, engañado por la mujer y por el demonio, reconoció que estaba en el estado de desnudez, así muchos jó-

venes, que prestan oído al demonio, se encontrarán despojados de todo bien moral y material, porque la revolución es una loba insaciable, que tiene mas hambre que antes despues de comer. No cesemos, sin embargo, de orar: acompañemos á la accion cristiana la oracion.

»Ruego por mí, por vosotros y por vuestras familias. Decid á los vuestros extraviados ó que corran ese peligro, que hagan lo posible por cerrar el oído á las seducciones y sugerencias de los que, prometiendo la dicha, no dan mas que tribulaciones.

»Dirijámonos á María: roguemos á tan tierna madre que, pues lo es de misericordia, tenga piedad de nosotros. Hace largo tiempo que esperamos é invocamos la paz, pero la paz no vuelve, y no vemos cesar los rigores de la divina justicia, que aun hace pesar sobre nosotros sus rigores. Lo hace, sin duda, para castigar nuestras faltas, que no hemos expiado suficientemente.

»¡Ah, sí! Recomendémonos á la Santísima Virgen. Como es el canal de todas las gracias, pidámosle resignacion con la voluntad suprema, pero tambien la dicha de ver la luz tras las tinieblas y la paz tras las revoluciones.

»Levantemos los ojos al cielo y que la bendicion de Dios descienda por las purísimas manos de María sobre el indigno Vicario de su Hijo, sobre vosotros, sobre vuestros amigos, familias y parientes todos. Que esta bendicion os acompañe hasta la muerte, á fin de que podamos decir confiadamente á María.

*«Quando corpus morietur
Fac ut animæ donetur
Paradisi gloria. Amen.»*

Benedictio Dei.

Discurso del Sr. Obispo de Cuenca en el concilio Vaticano.

Con el mayor gusto llamamos la atencion de nuestros lectores sobre esta produccion insigne del ilustradísimo prelado, que tanta gloria alcanzó y dió á España en el último concilio ecuménico celebrado en Roma. Publicado ahora bajo la inspeccion del mismo autor, con el texto latino y el castellano revisados esmeradamente, es obra de mucho interés, y en especial para los españoles, que por lábios de uno de sus ilustres Obispos pueden ver cómo se expusieron en el sagrado sínodo las razones en que se ha apoyado la declaracion del dogma de la infalibilidad. En su lugar correspondiente puede verse el anuncio de esta interesante produccion.

Conspiracion internacionalista de Lyon. En un periódico de París, *Le Français*, se leen estas importantes noticias:

«Un tal Camet, antiguo obrero, agente activo é importante de la *Internacional*, estaba al frente de una vasta conspiracion, cuyo centro se hallaba en Lyon, con poderosas ramificaciones en Saint-Etienne y en Ginebra, y cuya influencia se habia de sentir en España por medio de Barcelona, uno de los centros de propaganda mas activos y mas temibles.

»En Barcelona fundó Camet un periódico impreso en francés, y titulado la *Solidarité Revolutionnaire*, que contribuyó á la propaganda de las ideas socialistas en la Península.

»Había organizado en Lyon, en Saint-Etienne y en Ginebra, á donde iba á menudo á tomar la consigna de los emigrados de la *Commune*, un *comité de acción revolucionaria*, compuesto únicamente de obreros, que debían en un momento dado tomar la dirección de las masas populares y dirigir el movimiento al grito de ¡Viva la *Commune* de Lyon!

»El programa de esta asociación, después de invitar á una acción común á todos los revolucionarios dignos de tal nombre, declara que «rechaza la organización de un poder, cualquiera que sea, que emane del derecho divino, ó de las urnas populares, y que se coloca en el terreno de la *anarquía*, cuyos principios defiende el comité.»

»Combate la propiedad individual, declara á Lyon *Commune* libre y autónoma, disuelve la policía y pone la vigilancia al cuidado de todos los ciudadanos; suprime las leyes y la magistratura, y la reemplaza por un tribunal popular; suprime los impuestos, reemplazándolos por una contribución sobre los ricos; suprime los cultos religiosos; y por último, decreta la disolución del ejército.

»*Le Français* añade que tiene á la vista dos impresos, de donde toma esos datos: uno publicado por el *Comité de acción revolucionaria de los obreros* y otro por el *Comité de propaganda revolucionaria socialista de la Francia meridional.*

La Sociedad del trabajo en París. Palabras de Mr. Laboulaye.

En uno de los más populosos barrios de París hay establecida con aquel nombre una asociación constituida por muchos grandes industriales con sus numerosos obreros. En una reunión reciente Mr. Laboulaye ha pronunciado un notable y oportunísimo discurso, en el cual son de observar las palabras siguientes:

«Instruirse, trabajar y ahorrar, hé aquí los medios de adelantar en la vida. *No hay que pensar en que ha de hallarse un sistema para hacer ricos á los que en nada se ocupen.* Todas las promesas en este sentido son promesas electorales de aquellos que buscan vuestro sufragio para deciros mas tarde que el gobierno y la reacción son los que impiden que sus ideas se realicen. Mas reflexionad un poco, y vereis que el medio de conseguir aquello está en vosotros mismos y que encierra una verdad eterna la antigua máxima, que dice: *«Ayúdate, y Dios te ayudará.»*

Estas sociedades del trabajo con tal dirección y tales enseñanzas son menester en todas partes. Y con ellas poco duraría la audacia del crimen y de la insensatez, que tantos daños y perturbaciones ha producido.
